

DAMARIS CALDERÓN
Entresijo

bokeh *

© Damaris Calderón, 2017

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2017

© Bokeh, 2017

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpress.com

ISBN 978-94-91515-84-2

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Frío (La extranjera)

La falsa rusa había nacido en un lugar inexistente, se llamaba Anna, y había decidido que no iba a morir, como la otra, bajo las ruedas de un tren.

Atravesó la línea del Ecuador y llegó hasta el trópico, donde las formas, bajo la luz, como en la nieve, pierden sus contornos.

Era una astilla, un pedazo de un objeto perdido que no encajaba con nada.

Se volvió amarga, filosa.

El cuerpo, demasiado pesado, se movía al sol como si llevara un abrigo.

Las osas jóvenes conservan cierta gracia en el circo, cuando empiezan a arrastrar el vientre, les queman cigarros en la piel.

Bajo las falsas pieles la rusa estaba sola.

Falseó el relato, para prodigarse piedad:

«La gallina de los huevos de oro primero puso una postura blanca, redonda, decepcionante, luego, otro huevo desprovisto de color áureo. Finalmente, mostrando su desprecio, un óbolo, como un paisaje sucio, cagado de gris».

Se identificaba con la gallina y volvía a contarse el cuento. Entonces el sol calentaba como un samovar, el samovar era un pequeño sol en la pieza, las cosas recuperaban su aspecto inofensivo, tranquilizadamente falso, y no mostraban sus bordes dentados.

(Temperamento)

El pez movió las aletas y la mujer lo abrió
con el cuchillo carnicero.

–No me gustan las cosas tibias –dijo. Como si ignorara
que era de sangre fría.

Había visto a un ahogado. El ahogado no la había visto
a ella. No podía culparlo.

Un pájaro se posó en la ventana. Se lo comió el gato.

El gato tenía los ojos estriados como los senos de la mujer.

La crueldad y las palabras pueden ser deliberadas.

La mujer hacía mucho que había dejado de hablar.

Mantén un lenguaje sordomudo consigo misma

y con las cosas. A veces se acostaba con alguien

para mantener ese nexo indispensable de incomunicación.

Se vertían sobre ella como en una escudilla

o una cloaca.

Se recostó a la ventana, miró al gato,

pero no vino pájaro alguno.

Encubrió sus gestos con domesticidad.

Volvió a la cocina.

–No me gustan las cosas tibias –repitió. Y continuó
abriendo el pez–: Tenía agallas. Tendría agallas.

Y reservó todas sus energías para el momento final.

Nieve sucia

La nieve no producía ningún dolor. Cuando uno se quitaba la bufanda, los guantes restañados, no aparecían manchados de sangre. Y en el cuello no había ninguna señal de estrangulamiento.

La nieve apretaba con suaves dedos: rododáctilos. Había perdido su país (ceñido por límites geográficos), y después su lengua.

La nieve producía un letargo y eran copos, y capas, que se iban amontonando unas sobre otras para sepultar el pasado de un animal. La nieve creaba una sensación ambigua: que era posible e imposible, a un tiempo, dejar huellas.

Los pies que recorrieron un sendero (las huellas de los pies) serían borradas por otros, o por los mismos, regresando en sentido contrario.

(Si se respiraba en la helada, se estaba menos solo con el propio vaho).

La nieve, en su quietud, despertaba sentimientos bárbaros: con un pedazo de hielo fundido se habría podido cortar el corazón de un hombre.

Le preguntaron si vino desde tan lejos por una cura de reposo. Sonrió con la violencia amable de un paisaje nevado.

Había escogido ese paisaje interior, blanco, que ahora se proyectaba hacia fuera y una antigua metáfora: rododáctilos. Cuando se quitara los guantes no aparecerían manchas

de sangre, y en el cuello no habría señal alguna de estrangulamiento.

Apretaría con suaves, rosáceos dedos. La nieve haría lo demás.

(Vaciadero)

La mujer se desnudó hasta convertirse en larva.
Estaba sola y no tenía por qué guardar ninguna convención.
¿Acaso habían sido ellos piadosos? ¿Menos obscenos?
Había escrito dos o tres libros (ninguno verdadero)
y tenido la pretensión ridícula de que el cielo se abriera y se
cerrara
para manifestar su angustia.
Había querido subir al Everest y ahora veía cómo su propio
cuerpo
se convertía en una planicie.
—No me importa que no vengas (le dijo a lo que no iba a
venir).
Se sintió redonda. Autosuficiente.
Se hizo una bola de asco y comenzó a roer los bordes de la
mesa.

La Extranjera

Cuando salió de viaje era una persona enérgica.

A medida que pasaron las estaciones, fue perdiendo vigor.

Perdía fe como quien pierde peso.

Las cosas, en su rotación, eran justas, como las ruedas de un tren.

Pasaban las vacas descuartizadas, los postes del tendido eléctrico, las sábanas-sudario.

Todavía pudo pertenecer y dar algo a cambio. Pero se lo guardó en el buche, para sí, para su deleite.

Cuando el tren traqueteó sobre sus huesos, vio el sol. Falso, bruñido.

Desconocido como la palma de su mano.

En la tierra del entre, golpeada por las aguas

Hay rostros en mi rostro divididos. (Me acuerdo, me plagio). Abro los ojos. Despierto. Está «garuando» aquí, afuera, allá estaría lloviznando, pero en esta tierra de nadie, sólo me muevo en el *entre*, en el entresijo. Las gotas caen delicadas sobre el techo de zinc. Mis perros duermen. Los pájaros cruzan la mañana. Yo, poeta anónima dentro de algunos años, entono con el poeta anónimo precolombino el canto a las bellezas del nuevo día: «Bellezas del día / Maestros Gigantes / Espíritus del cielo / Espíritus de la Tierra / Dadores del Amarillo / Dadores del Verde [...] Volveos hacia nosotros / Esparcid el Verde... el Amarillo!»

Tan viejo el canto, tan reciente, tan vivo, que puede enlazar a un hombre y a una mujer, separados por siglos y reunidos en el instante de la celebración. Y este nuevo día te traerá también a ti. Comerte un poco de amarillo, de verde, del rosado púrpura de tus pezones, pasto, rosa, flor, espiga rozándome los labios, hundiéndote en mí.

Desde mi ventana he visto un pájaro posado sobre el clavel del aire (tú sobre mí). Un instante y se va. Una cuerda de locura.

Nuestras casas de madera en esta otra isla, otra expresión de nuestra fragilidad. Que veremos arder. Pero la voz de Safo, en la mañana, me recobra, es tan potente como el canto de los pájaros: «No tengo quejas / de la prosperidad que / las musas doradas / me otorgaron / no fue ilusión / muerte, no voy a ser olvidada».

Mirando las hojas puntiagudas, filosas, la falta de raíces del clavel del aire, le he dicho, como si me dijera a mí misma: «No eres de nadie», pero esto, que podría ser una autosuficiencia, una suficiencia, es también una cierta tristeza, una exclusión.

He hecho una gran olla de tallarines, para mí y para mis perros. De igual a igual.

A veces recibo mensajes de Cuba, como mensajes de otro mundo, del mundo de los muertos.

La frágil franja entre la razón y la locura. Yo, al mismo tiempo, el leñador, el verdugo y el árbol caído. Y también la hoja arrastrada por el viento, que se levanta, con el viento, y se va.

«La locura de Virginia Woolf», como si no fuera la locura de toda una época, las guerras mundiales, los aliados, las bombas, el desarraigo aunque se tuviera un cuarto propio. Tan precario todo, tan frágil, ante la guerra, la vida. La angustia por las palabras, por encontrar un lenguaje que exprese y reconcilie con lo humano.

Me prestas, sobre Virginia Woolf, «El vicio absurdo», y colocas entre sus páginas, recogidas por ti, pequeñas flores blancas de la pradera. El «vicio absurdo», ¿la escritura, la locura, el suicidio? adquiere la fragancia, la determinación de una flor.

He dedicado mi vida (yo también), al «vicio absurdo».

Soy una mujer que se apoya en dos perros, como antes me apoyé en dos muletas y en una estación; primavera, verano, el amor, esperando los primeros brotes. Pero en lo profundo del amor, cada uno está solo. (Me voy quedando con la jauría).

Esta flor se llama lobelia blanca y esta, lobelia azul y aquella, petunia. Todo adquiere de pronto una crueldad vegetal.

Mi vida de circo pobre, de animal de circo pobre. Y la «consagración de la pobreza» termina con la soga en el cuello, la danza pataleada del ahorcado o el cuerpo hundiéndose, con los bolsillos llenos de piedras en el río.

(No hablo con ángeles, hablo con perros, de igual a igual).

«Nada de introspección. Anoto la frase de Henry James: Observa sin pausa. Observa la llegada de la edad. Observa la avidez. Observa tu propio agobio. Y así todo será útil. Así lo espero, por lo menos. Insisto en sacar de este tiempo todas sus ventajas. Naufragaré con la enseña izada. Advierto que esto bordea la introspección, pero no cede totalmente a ella. [...] Estar ocupado es esencial. Y ahora con cierto placer descubro que son las siete y que debo hacer la cena. Bacalao y salchichas. No cabe duda de que se consigue cierto ascendente sobre el bacalao y las salchichas al escribirlas».

Mientras copio las palabras de Virginia Woolf (entre), corro a la cocina, veo que no se me queme el arroz, la carne de cerdo, salgo a regar las plantas, a darle de comer a los perros. Siguiendo a Virginia, al maestro zen y sobre todo, a un fuerte instinto de supervivencia, procuro mantenerme ocupada, tratándome a distancia, alejada de lo íntimo, de «la introspección» (la procesión interior). Trato de mantenerme a distancia como un púgil mantiene a su rival peligroso, a su contrincante, del otro lado. Procuro poner un poco de orden, de sosiego, para que la soledad más absoluta, sea más absoluta.

«Dios mío, cómo sufro. Qué terrible capacidad posee para experimentarlo todo con intensidad [...] ¿Cómo perseverar

un año más? Pero la gente vive. No cabe imaginar lo que está sucediendo detrás de un rostro. Todo es una dura superficie. Yo misma no soy más que un órgano que recibe golpes, uno detrás de otro. Y me duelen los ojos. Y me tiemblan las manos [...] Realmente tengo que felicitar a esta mujer terriblemente deprimida...yo misma. A esta mujer por cuya cabeza ha pasado tanto dolor. Que estaba convencida de haber fracasado. Porque, pese a todo, creo que se ha recuperado y hay que felicitarla. No sabría decir cómo lo ha conseguido, con la cabeza hecha un verdadero trapo».

Pero yo no juego a la Woolf ni a la Mistral ni al animal literario. Soy lo que soy y lo que hay. Un cuerpo lleno de soledad, de tristeza, de hongos. Un cuerpo donde la soledad crece como los hongos, como las enredaderas, la hiedra, entre la oscuridad y lo húmedo.

Pienso, (escribo) lo húmedo y siento de pronto, la sensación pegajosa, de asco, de las islas, su circularidad cancerosa. (Aquí, conmigo, el pájaro sombrío, virgiliano, la broma, la mueca colosal). Y sin embargo, acaso a nadie he amado más que a las islas, a ese pedazo desasido en el que me convierto *en el rencoroso trabajo de recordar*. Tan torpe como un país doy mis primeros pasos, me atraganto, no aprendo a definir. El mismo padre látigo, despótico, cerebro de segunda. La obsesión con la madre (el faro) (Al faro) y las olas, siempre las olas, restallando, rompiéndose contra los arrecifes, dentro de la cabeza.

Y en la otra isla, en el remoto país, mi madre andaba a pasitos cortos, como un pájaro herido, con una rodilla que no puede flexionar, hablando tan bajito que su voz apenas se escuchaba, como si no le quedaran fuerzas, como si fuera una

vela apagándose sobre las aguas. (Aquí doy un paso y estoy siempre en el *entre*, andando en la orfandad, con mi madre).

Y escucho en las imágenes universales, las referencias más recurrentes sobre Chile, la Inglaterra de América, esa otra isla, en presunción local. Chile: ese país que nadie sabe dónde está. Ese país donde se acaba el mundo. Ese país que queda tan lejos. Ese país donde parece tan fácil morir.

Y me olvidé de leer. Y me olvidé de escribir. Me olvidé de las letras, del abecedario. En una metáfora (Isla Negra) me creé otra metáfora, un espacio, una casa, un nido, un nicho, donde encarno (me convierto) en lo único que puedo: una mujer, una isla, no un ser acabado sino en una superficie cortante que lima sus bordes: una piedra, un molusco. No Virginia Woolf, no Emily Dickinson, no Marina Tsviétaieva. No Damaris Calderón ni D. C., sino alguien (algo) que arrastrado por el légamo de la palabra légamo, se hunde en la corriente hasta el fondo, devorada por las aguas del entresijo.

(Para Virginia Woolf, en el momento que alcanzó su expresión en el suicidio).